



EL
OJO
DE
GANTURRICH

De Derek Keilty

Ilustrado por Mark Elvins



*A Sarah-Jane y Reekah,
de vuestro papá*

D. K.

A Leesa

M. E.

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

PEDERNAL OSARIO - EL OJO DE GATURRACA

Texto: *Derek Keilty*

Ilustraciones: *Mark Elvins*

1.ª edición: junio 2026

Título original: *Flyntlock Bones - The Eye of Mogdrod*

Traducción: *David N. M. George*

Maquetación: *El Taller del Llibre, S. L.*

Corrección: *Sara Moreno*

© 2021, Derek Keilty, por el texto

© 2021, Mark Elvins, por las ilustraciones

Publicado originalmente en UK por Scallywag Press Ltd.
(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

www.edicionesobelisco.com

(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-945-3

DL B 9911-2026

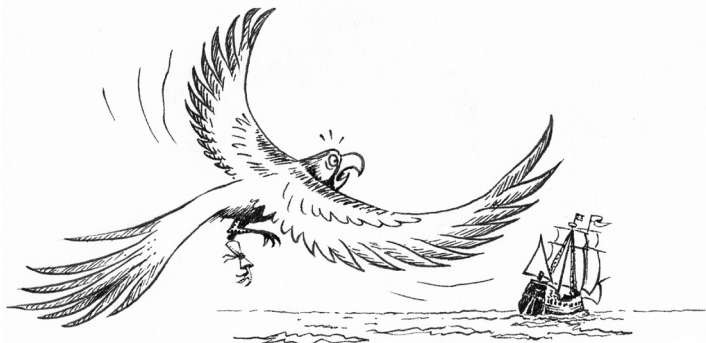
Impreso en Gràfiques Martí Berrio, S. L.

Avda. Castell de Barberà, 15, Nau 12-13

08210 - Barberà del Vallès - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



CAPÍTULO UNO EL LORO

¡Zas! ¡Pum! ¡Plaf!

Mi hamaca se da la vuelta y caigo sobre el suelo del dormitorio del barco, dándome un tremendo golpetazo. Escarlata, la aparejadora del navío, me está gritando al oído.

—¡Hora de despertar, Pedri! —vocifera—. ¿Y tú dices que te llamas Pedernal Osario? ¡Yo más bien diría que eres Pereznal Ociosario! El Sabueso Negro no va a navegar él solito, ¿sabes?





Me incorporo y me froto la cabeza. Sigo medio dormido.

—¿Nunca te levantas tarde? —me quejo—. ¿Qué hora es?

—Temprano. El Sol ni siquiera ha salido.

Me esfuerzo para ponerme de pie. Escarlata puede ser muy molesta, pero esta vez puede que me haya hecho un favor.

—De hecho, me alegra que me hayas despertado —admito—. Estaba teniendo un sueño de lo más raro. Estaba de vuelta en el orfanato, en Villapodenco, y la señora Regañina, la vieja gobernanta, tenía una barba larga y poblada y estaba blandiendo un alfanje. Se

estaba riendo y estaba trasegándose una botella de grog, como si fuera un viejo pirata.

Escarlata sonríe.

—Eso suena a una pesadilla.

Junto con el resto de la tripulación del Sabueso Negro, Escarlata y yo parecemos piratas, pero no todo es lo que parece. De hecho, somos expiratas que se han convertido en detectives o investigadores piratas, como nos gusta llamarnos. Ahora navegamos por los siete mares encontrando los botines robados de cualquiera que decida contratarnos. El año pasado, el capitán Jefazo me ofreció una semana a prueba como grumete y, pese a que era un mero marinero de agua dulce que antes sólo había vivido en un orfanato, me alegra decir que superé la prueba brillantemente. Nunca he echado la vista atrás.





Sigo a Escarlata hacia arriba, hasta la cubierta, para observar el tenue titilar de las estrellas y el asomo de luz en el horizonte allá por donde saldrá el Sol. Alrededor del barco, el mar se extiende por kilómetros en todas direcciones, y no hay ni atisbo de tierra firme.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

Escarlata mira a cielo y se queda pensando un momento.

—Bueno, ésa es Orión, una de las constelaciones.

—¿Qué es una constelación?

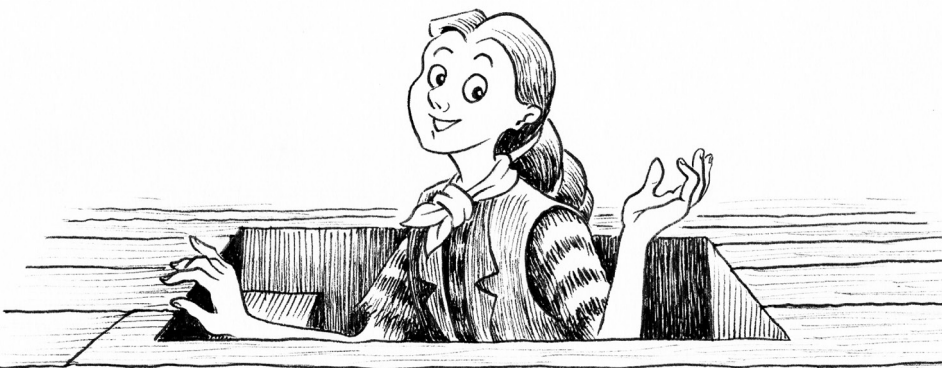
—Es como un patrón, un dibujo imaginario, como de una persona o un animal, pero formado por estrellas. Orión es una de ellas, y tiene la forma de un viejo cazador. Un buen oficial de cubierta, como nuestro Gerentín, puede navegar simplemente fijándose en las estrellas. —Señala la estrella más brillante del cielo—. Aunque yo también puedo hacerlo. Fíjate ahí arriba: ésa es la estrella Alfa. Brilla más que las demás, así que, por lo que creo, debemos estar en el mar de Bellagrande.

Doy un grito de asombro, impresionado.

—¿Puedes saber todo eso gracias a las estrellas?



—Estoy bromeado —ríe entre dientes—. No tengo ni la más remota idea de dónde estamos. ¡Vamos! —Y desaparece escotilla abajo, entre risas.



Abajo, en la cocina, Aliento de Pescado, el cocinero del barco, está atareado preparando el desayuno. Es el orgulloso propietario del bigote más colgante de los siete mares, por no mencionar que le falta una mano, pero no tiene un garfio, como la mayoría de los piratas, sino un cucharón de plata, que es una cosa bastante útil para un cocinero. Además, tiene, sobre su hombro, un enorme loro como mascota que se llama Arturo.

Esta mañana, Aliento de Pescado parece un poco malhumorado, y ni siquiera nos saluda con un «Buenos días» ni con un triste gruñido. Sirve, con el cucharón, unas gachas de una olla vieja y maltrecha, que examino para retirar los gorgojos que están flotando. Dejé de preguntar qué contiene la comida hace tiempo, ya que Escarlata dice que a veces es mejor no saber los ingredientes que Aliento de Pescado usa para preparar el rancho para la tripulación.



—¿Qué sucede, Aliento de Pescado? —le pregunto. Gruñe.

—Acaba de venir parte de la tripulación a quejarse de las raciones. Dicen que como ahora hay un miembro menos en la tripulación, deberían obtener más comida porque tienen que hacer más trabajo.

No estoy seguro de que obtener mayores raciones de la comida de Aliento de Pescado sea una buena idea.

—¿Y qué les has dicho?

—Les he dicho que dejaran de quejarse. Ahora que Ganapán se ha ido, todos tenemos que arrimar el hombro.

Prefiero no pensar en Ganapán. Trabajaba como aparejador en el Sabueso Negro, pero era un acosador, y lo peor es que decepcionó enormemente al capitán a la primera oportunidad que tuvo. Me alegro de que ya no esté entre nosotros, pero eso significa que ahora hay muchas más tareas de las que ocuparse en el barco.

—Deberías dar gracias por tener tiempo para comer —continúa Aliento de Pescado—. He oído que el



capitán quiere hacernos trabajar a todos mientras comemos.

Escarlata me da un codazo.

—Por eso nos vamos a llevar nuestra comida a otro sitio.

Arañazos, la gata del barco, deambula buscando algunas sobras, y le hago una caricia detrás de las orejas. Estoy bastante seguro de que si Arañazos pudiera desplegar las velas, el capitán también la pondría a trabajar en eso.

Al levantarnos para irnos, el capitán Jefazo entra, a grandes zancadas, en la cocina, casi derribándonos. Lleva puesto un tricornio, un chaquetón largo y una camisa con volantes. Un alfanje le cuelga del cinturón que sujeta sus elegantes pantalones de terciopelo. Su nariz parece un pico.



—Ah, estáis aquí —dice—. Os he estado buscando a los dos.

Nos ofrece, a Escarlata y a mí, una alegre sonrisa, acercando una cerilla a su pipa chupando y soplando.

—Nos hemos despertado antes del amanecer, capitán Jefazo —dice Escarlata—. No nos pillará dor-



mitando en nuestras hamacas. No cuando hay trabajo que hacer –comenta, mientras me da un codazo.

—Sí, tiene razón en esto, capitán –añado, mirándola.

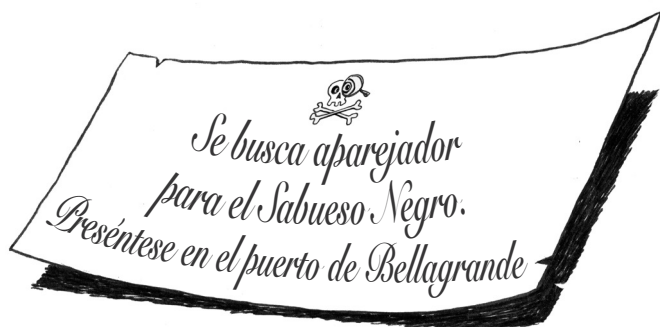
El capitán dice:

—Mirad, sé que en este momento todos tenemos que trabajar de más, pero tengo un plan para hacer que regresemos a la normalidad. En los tiempos en los que era pirata, reclutar a un nuevo miembro de la tripulación era tan fácil como echar una capucha por sorpresa sobre cualquier marinero de agua dulce alelado y arrastrarle a bordo, tanto si le gustaba como si no –hace una pausa–, pero los tiempos han cambiado –añade.

Sonriendo ante nuestros rostros embobados, toma un montón de tarjetas en blanco y una pluma del bolsillo de su chaqueta.

—Pedri recordará que tengo una forma distinta de enrolar a un miembro a la tripulación: así es cómo él mismo se nos unió. Por lo tanto, Pedri y Escarlata, quiero que me escribáis unas tarjetas que anuncien un puesto de trabajo. Algo así como:





—Haced unas cincuenta cada uno de vosotros, y lo más rápido posible. No tardaremos mucho en atracar en Bellagrande. Entonces podréis bajar a tierra y dejarlas en las tiendas de la ciudad.

La mirada de Escarlata oscila rápidamente entre el capitán y yo.

—Esto...Tengo que aparejar el barco y luego tengo turno de vigía, capitán, y tendremos que estar ojo avizor...

Por alguna razón, está poniendo excusas, pero el capitán no se deja engañar.

—Llévate las tarjetas contigo al puesto de vigía. Puedes empezar a escribirlas ahí arriba.

—Sí, señor.

Escarlata parece abatida. Me pregunto por qué, ya que hay tareas mucho peores que escribir unas tarjetas a bordo del Sabueso Negro, como recoger los vómitos después de una de las malas comidas de Aliento de Pescado y una noche con el mar agitado.

Cuando el capitán se aleja, nos dirigimos al palo mayor. Puedo ver que Escarlata todavía parece bastante dubitativa.

—Haré tus tareas si tú escribes las tarjetas, Pedri —me ofrece.

—¿No quieres escribir las tarjetas?

Me doy cuenta de que las mejillas de Escarlata se vuelven rojas como un tomate y que baja la mirada.

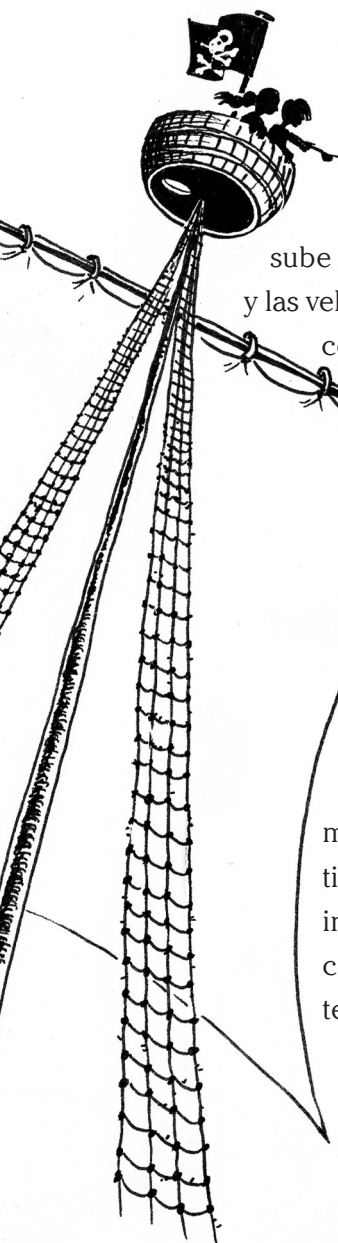
—Es sólo que... a decir verdad... nunca aprendí a leer ni escribir. No le encontré el sentido.

—Ya veo. Bueno, no es nada por lo que preocuparse. Yo podría enseñarte.

—Gracias, pero no creo que pudiera conseguirlo nunca...

—Por supuesto que podrías. No supone ningún problema en absoluto. Puedes





tomártelo como te devuelvo el favor por toda tu ayuda desde que me uní al barco.

Animándose un poco, Escarlata sube por la jarcia y la sigo. El viento sopla y las velas ondean ruidosamente. Recuerdo cómo los brazos solían dolerme y las piernas me temblaban como un flan al subir por la jarcia, pero ahora me estoy acostumbrando. Soy prácticamente capaz de seguirle el ritmo a Escarlata. Además, mis mareos son infinitamente más leves que antaño.

En la parte superior del mástil, nos metemos en el puesto de vigía, que tiene la forma de un barril. La vista es imponente, y no importa cuántas veces suba hasta ahí: siempre me detengo un momento para asimilarla,

haciendo una respiración profunda del salado aire marino.

Nos sentamos en el puesto de vigía, donde estamos a refugio del viento.

—Una vez que haya escrito algunas tarjetas, empezaré por enseñarte el alfabeto y los sonidos que tienen las letras –le digo.

—Soy incapaz –protesta Escarlata.

—Puedes hacerlo.

¡CRAAA!

Escarlata se levanta mientras oigo un batir de alas.

—Ahora no podemos. No va a haber tiempo para eso. Mira.

—¡Un loro! –digo.

—Sí, pero fíjate. Tiene una nota atada a su pata. Y ya sabes qué significa eso, ¿verdad?

Mi corazón palpita más rápido que las alas del loro.

—¡El siguiente caso para los piratas detectives!
–grito ahogadamente.

